

**REFLEXIONES SOBRE LA TRADUCCIÓN DEL HUMANISTA  
CANARIO GRACILIANO AFONSO (LA OROTAVA  
DE TENERIFE, 1775-LAS PALMAS DE GRAN CANARIA, 1861)**

**Francisco SALAS SALGADO  
(Universidad de La Laguna)**

Aceptado: 15-IX-2003.

**RESUMEN:** *En este artículo se intenta delimitar el concepto de traducción en el humanista canario Graciliano Afonso, cuya formación ocurrió en el crepúsculo de la Ilustración y que es considerado por la crítica literaria como precursor de la corriente prerromántica. Para ello se ha analizado la totalidad de su obra, manuscrita e impresa, apuntándose de forma diacrónica las consideraciones que aduce a este respecto. Asimismo, se ha intentado contextualizar las opiniones de este autor con otras realizadas por autores en la misma época o en un momento inmediatamente anterior. Palabras clave: Graciliano Afonso, Ilustración, traducción.*

**ABSTRACT:** *This article tries to delineate the confines of the concept of «translation» according to the Canarian humanist Graciliano Afonso, whose training took place in the twilight of the Enlightenment and is therefore considered by literary critics as a precursor of the pre-romantic movement. In order to do this, the whole of his work, both manuscript and printed, has been assessed. His ideas about this particular concept have been evaluated from a diachronic standpoint but also taking into consideration that these opinions should be inserted within the larger contextual background of other coetaneous authors' works and of those immediately preceding him. Key words: Graciliano Afonso, Enlightenment, translation.*

I. Es frecuente encontrar en las traducciones de todas las épocas unas páginas en las que, a modo de introducción, prólogo o advertencia al lector, se exponen reflexiones diversas sobre la actividad traductora, mezcladas con otras informaciones relativas (o no) a dicho asunto. Podían de esta manera convertirse aquéllas en un rosario de consejos y preceptos sobre la función de la traducción, sobre la excelencia de las lenguas que entraban en contacto (se entiende la lengua de partida y la lengua de llegada), sobre la

dificultad del hecho de traducir o la justificación de utilizar la prosa o el verso; también, caso menos frecuente, el traductor tomaba estos preliminares como excusa para referirse a otras traducciones anteriores o coetáneas y someterlas a un ataque feroz, buscando en ellas errores que justificaran la validez de una nueva versión, en este caso la suya.<sup>1</sup>

De todas las maneras, una y otra práctica nos ayudan hoy a entender un poco más el devenir teórico de la traducción, la diferencia de matices entre las distintas épocas y las coincidencias en aspectos tratados ya desde antiguo.

Precisamente a una de estas etapas, el último tercio del siglo XVIII y la primera mitad del siglo XIX, pertenece el autor sobre el que van a tratar las siguientes páginas, el canónigo doctoral Graciliano Afonso Naranjo, momento que se ha venido a calificar como de «efervescencia de la actividad traductora».<sup>2</sup> Pero, ahora, conviene apuntar, siquiera a manera de recordatorio, algunos datos de la biografía de este humanista.

Graciliano Afonso se nos descubre como una persona polifacética, con una actividad literaria que conjuga su gran pasión por los clásicos grecolatinos<sup>3</sup> y una amplia creación poética<sup>4</sup>. Tales ocupaciones,<sup>5</sup> además, fueron parejas a una vivencia personal y profe

<sup>1</sup> Un ejemplo ilustrativo es el del conocido fabulista Tomás de Iriarte, quien en su traducción de la *Ars poetica* de Horacio arremete en el «Discurso preliminar», no sin conocimiento de causa, contra algunas traducciones anteriores a la suya. Cf. para más información, F. Salas Salgado, «Observaciones sobre la traducción de Tomás de Iriarte de la *Poética* de Horacio», en F. Lafarga (ed.), *La traducción en España 1750-1830: lengua, literatura, cultura*, Edicions de la Universitat de Lleida, 1999, pp. 253-262.

<sup>2</sup> F. Lafarga, «Hacia una historia de la traducción en España (1750-1830)», en F. Lafarga (ed.), *La traducción en España...*, cit., p. 11. Aquí, asimismo, se apuntan como causas de ello la multiplicación de las relaciones culturales, la cada vez mayor facilidad (aun teniendo en cuenta todas las limitaciones) de acceso a las lenguas extranjeras, con el consiguiente aumento en número y calidad de las herramientas de aprendizaje y uso, como gramáticas y diccionarios, el ansia misma de ampliar los conocimientos y el saber, tan propios del espíritu ilustrado, todo lo cual favorecía el auge de la traducción.

<sup>3</sup> La actividad de Graciliano Afonso como humanista puede verse en F. Salas Salgado, *Humanistas canarios de los siglos XVI a XIX*. Tomo II. *Catálogo biobibliográfico*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de La Laguna, La Laguna, 1999, pp. 87-100. Cf. además, F. Salas Salgado, *La versión de la Eneida de Graciliano Afonso: Aplicaciones del fenómeno de la traducción*, Tesis de Licenciatura inédita, Universidad de La Laguna, 1987; *Id.*, «Sobre la versión de la *Eneida* de Graciliano Afonso», *Revista de Filología de la Universidad de La Laguna*, 8/9 (1989-1990), pp. 319-337; *Id.*, «Tragedia clásica y preceptiva romántica: a propósito de las *Noticias históricas del drama griego* de Graciliano Afonso», *Fortunatae*, 1 (1991), pp. 209-219; *Id.*, «Acercamiento formal a un poema latino del siglo XIX en Canarias: el *In promptu* de Graciliano Afonso», *Fortunatae*, 2 (1991), pp. 297-312; *Id.*, «Virgilio en Canarias: Versiones de su obra realizadas hasta el siglo XIX», en J. M<sup>a</sup>. Maestre-J. Pascual (eds.), *I Simposio de Humanismo y Pervivencia del Mundo Clásico*, Cádiz, I.2, 1993, pp. 990-992; *Id.*, «Las *Noticias sobre P. Virgilio Marón* de Graciliano Afonso», *Anuario de Estudios Atlánticos*, 47 (2001), pp. 87-114; *Id.*, «Notas de pervivencia clásica: el poema "A.D. Bartolomé Martínez de Escobar" de Graciliano Afonso», *Estudios Canarios*, XLVI (2002), pp. 419-432; *Id.*, «La huella de Catulo en *El Beso de Abibina* de Graciliano Afonso: a propósito de la *Oda 11*», *Fortunatae*, 12 (2000-2001), pp. 227-238.

<sup>4</sup> Cf. sobre el particular, A. Armas Ayala, «El Neoclasicismo en Canarias: José de Viera y Clavijo. Graciliano Afonso Naranjo», *El Museo Canario*, 15 (1945), pp. 27-55; *Id.*, «Un preceptista canario: Graciliano Afonso», *El Museo Canario*, 19 (1946), pp. 45-50; *Id.*, «Graciliano Afonso. Un diputado canario de las Cortes de 1821 desterrado en América», *Anuario de Estudios Atlánticos*, 3 (1957), pp. 317-451; *Id.*, «Un poeta español en el destierro», *Revista Nacional de Cultura de Caracas*, 135 (1959), pp. 61-68; *Id.*, *Graciliano Afonso, un prerromántico español*, La Laguna, 1963; *Id.*, «Algunas notas sobre el prerromanticismo español»,

sional (recuerdo que fue canónigo doctoral, profesor en el Seminario Conciliar de Las Palmas de Gran Canaria y en el colegio de San Agustín de la misma ciudad y diputado a Cortes) que le llevó por sus convicciones políticas a soportar destierro en tierras americanas desde el 23 de junio de 1823, fecha en que se le declaraba «reo de lesa majestad».

La actividad traductora de don Graciliano se vincula fundamentalmente con las versiones de obras en griego y latín,<sup>6</sup> y para el momento vital de este humanista en que fueron realizadas resulta verdaderamente abrumadora; pero hijo de su siglo no obvió el doctoral canario también la versión de autores de otras lenguas, en especial de Alejandro Pope, sin olvidar también, como señala A. Armas Ayala,<sup>7</sup> a «Milton, Byron, Burke, Chaucer; Voltaire, Deshoulliers, Bernard; Casti, Metastasio, Manzoni».

Podía, atendiendo a esta circunstancia, ser Graciliano Afonso ejemplo de las tendencias en materia de traducción existentes en ese momento, ya más conocidas a tenor de recientes investigaciones. En este sentido F. Lafarga<sup>8</sup> advertía, de manera general, que «el ya definitivo asentamiento de las lenguas vulgares y su reconocimiento como vehículo de transmisión de la cultura y de la ciencia, hace que se multipliquen las traducciones entre esas lenguas, en detrimento de la traducción a partir de las grandes lenguas clásicas, aun cuando las traducciones del latín continúan siendo muy numerosas». Sin embargo, se debiera puntualizar que hay una clara diferencia, sobre todo

*El Museo Canario*, I (1981), pp. 79-92; *Id.*, «Graciliano Afonso», en «Del Neoclasicismo al Prerromanticismo», AA. VV., *Noticias de la Historia de Canarias*, III, Cupsa/Planeta, Barcelona, 1981, pp. 102-110; *Id.*, *Graciliano Afonso: Prerromántico e ilustrado*, Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria, 1993.

<sup>5</sup> Cf. para ambas facetas, E. Padorno-G. Santana Henríquez (eds.), *Ilustración y pre-romanticismo canarios. Una revisión de la obra del Doctoral Graciliano Afonso (1775-1861)*, Excmo. Ayuntamiento de Arucas-Fundación Mapfre Guanarteme de Arucas-Servicio de Publicaciones de la Universidad de Las Palmas, Las Palmas de Gran Canaria, 2003.

<sup>6</sup> Ya M. Menéndez Pelayo había enjuiciado algunas de las traducciones de Afonso de manera diferente. De la traducción de las *Églogas* (M. Menéndez Pelayo, *Bibliografía hispano-latina clásica*, t. IX [Virgilio-Vitruvio], CSIC, Aldus, Santander, 1952, p. 57) decía que era «sin duda, la peor que hay en verso castellano, y la peor también de las muy numerosas que don Graciliano publicó de poetas griegos, latinos e ingleses». Insiste en lo mismo cuando al referirse a la traducción de la *Eneida* (M. Menéndez Pelayo, *op. cit.*, t. VIII [Quintiliano-Virgilio], p. 245) comenta que «sería injusticia notoria examinar con rigor una traducción hecha en tales condiciones por un hombre que no tenía ninguna condición poética, a pesar de sus buenas humanidades y de su furor por versificar». Y sentencia sobre la traducción de Horacio (M. Menéndez Pelayo, *op. cit.*, t. VI, 1951, p. 149): «La exposición o comentario perpetuo constituye un verdadero tratado de teoría literaria, de los mejores que hay en castellano dentro de los cánones de la antigua escuela clásica, pero muy libre y racionalmente interpretados. En cambio la traducción (que está en versos pareados) es cosa infelicísima, por que el Doctoral Afonso, aunque humanista de veras, tenía tan poco de poeta como su ilustre paisano Viera y Clavijo, a pesar del encarnizamiento con que uno y otro se dieron al cultivo de las Musas».

<sup>7</sup> A. Armas Ayala, *Graciliano Afonso: Prerromántico e ilustrado*, ya cit., p. 109. No deja de tener importancia la reflexión que acompaña a renglón seguido a este dato (*ibidem*): «Haber manejado estas páginas, haberlas leído, haberlas traducido y anotado añaden a la imagen de Afonso ese halo humanista y magistral que le acompañó en vida»

<sup>8</sup> F. Lafarga, *art. cit.*, p. 11.

cuantitativa, especialmente en relación con las lenguas clásicas, en la obra del doctoral, si bien esta diferencia en la práctica traductora no se refleja en las teorizaciones que dejó sobre la traducción, ello quizás reflejo también de lo que apuntaba F. Lafarga sobre la época ya que «lo que predomina es, pues, la crítica o incluso la sátira de la traducción, junto a la justificación de la misma por los propios traductores. Son escasos los planteamientos rigurosos del problema de la traducción, y su influencia llama más la atención cuanto que están rodeados —por así decirlo— de un mar de consideraciones de tipo muy diverso sobre la cuestión».<sup>9</sup>

A esta tarea, por tanto, me voy a atener desde ahora. Intentaré examinar el concepto de traducción que se observa en Graciliano Afonso, tras indagar en la producción de este autor de forma diacrónica, la cual, dicho sea de paso, se conserva, casi en su totalidad, en el Museo Canario de Las Palmas de Gran Canaria. Se aducirán los textos oportunos, que —adviento— dada la ingente producción en materia traductora del doctoral son escasos, confrontándolos cuando la ocasión lo requiera —no se olvide que Graciliano Afonso pertenece a una generación propia— con las referencias que he podido encontrar de traductores coetáneos suyos;<sup>10</sup> al final, también, se extraerán algunas conclusiones al respecto.

II. Las primeras referencias teóricas sobre la traducción en la obra del doctoral no se encuentran en ninguna de sus traducciones de autores clásicos ni modernos, sino en dos composiciones poéticas, una pieza corta, el poema titulado *La Restauración*, y la *Oda al Teide*, pertenecientes ambas al período del destierro en tierras americanas de Graciliano Afonso, en concreto a los años que van de 1836 a 1837. Pero no por esto veremos que daban tenerse como de importancia menor. Al contrario, las reflexiones aquí contenidas se refieren a aspectos importantes que pasamos a señalar.

1. En efecto, referidas al poema *Restauración de la Constitución de 1812 en 1836*, fechado en Trinidad de Barlovento el 20 de noviembre de 1836 y que dedica nuestro doctoral al Excmo. Sr. D. José M. Calatrava, ministro del Despacho Universal de Estado, hay al final unas notas, de las cuales la nota 3 al verso «Y colme el cielo su fatal venganza» contiene la siguiente reflexión:

¿Por qué no han de ser nobles y dignas de la Poesía, voces marítimas que Horacio usó en su lenguaje metafórico y los traductores españoles las apropiaron, y las emplearon el natural Ercilla y otros de la

<sup>9</sup> *Ibidem*, p. 14.

<sup>10</sup> Para ello he consultado, J. C. Santoyo, *Teoría y crítica de la traducción: antología*, Universitat Autònoma de Barcelona, Bellaterra, 1987; M<sup>a</sup>. A. Álvarez Calleja, *Acercamiento metodológico a la traducción literaria con textos bilingües comentados*, UNED, Madrid, 1994; M. A. Vega (ed.), *Textos clásicos de teoría de la traducción*, Cátedra, Madrid, 1994; F. Lafarga (ed.), *El discurso sobre la traducción en la historia*, EUB, Barcelona, 1996; E. Gallén-M. Llanas-M. Ortín-R. Pinyol i Torrens-P. Quer, *L'art de traduir. Reflexions sobre la traducció al llarg de la història*, Eumo editorial, Universitat de Vic, 2000.

misma Nación? Alarguemos la esfera de nuestro idioma, que las demás cualidades conviertan en rica tela el simple y natural traje sin adorno. Sea, pues, sin inconveniente lenguaje metafórico, la nave del Estado, el Ponto embravecido, el Eolo furioso, la imagen de la guerra civil, el Escollo erguido, el orgulloso Galo y la intervencion ruinosa, y las demás operaciones para libertarse del peligro, remando, huyendo del combate contra el despotismo ministerial. El cañon del socorro y lo demás es de bien fácil y conocida aplicacion.<sup>11</sup>

Ese sabor a antiguo que se desprende de las palabras del doctoral ya lo refería el escritor alemán G. A. Bürger en su traducción de Homero cuando argumentaba en 1789:

El tono de la Antigüedad contribuirá a ello no poco si se sirve de la lengua de tiempos pasados, notablemente distinta, tanto por las palabras propias como por su particular relación, de las nuestras. Hay una cantidad importante de tales palabras que florecieron antaño y que en mi opinión y por su bondad no han merecido el ingrato destino de perecer paulatinamente por falta de uso. Si el traductor de Homero de nuevo las prefiere y las utiliza adecuadamente, me atrevo a profetizarle un efecto beneficioso, a condición de que no sean demasiado anticuadas e ininteligibles [...]<sup>12</sup>.

Véase que no es cuestión baladí esta primera consideración de Afonso. Se plantea la utilización de voces y expresiones de la lengua original en la lengua de llegada, y la posibilidad de enriquecimiento de ésta a través de la traducción, incidiendo concretamente en el terreno del léxico.<sup>13</sup> Pero aún hay más. Si penetramos en lo que aquí quiere

<sup>11</sup> En *Poesías de D. Graciliano Afonso Doctoral de la Santa Iglesia Catedral de Canarias. Coleccionadas por Juan Padilla Secretario General de la Sociedad Económica de Amigos del País de la Ciudad de Las Palmas de Gran Canaria*. Tomo I, p. 398 (en adelante *Poesías de D. Graciliano Afonso*). Hago notar que respeto la ortografía de los manuscritos.

<sup>12</sup> El texto en M. A. Vega, *op. cit.*, p. 209. Asimismo, tales consideraciones parecen continuar el estado de opinión que, con respecto al léxico, algunas egregias voces de la época plantearon. Sirva como ejemplo, muy cercano a la época que pertenece la reflexión de Graciliano Afonso, la crítica que realiza Andrés Bello sobre la costumbre, cuando se traduce, de actualizar con expresiones recientes la obra de un escritor antiguo: «Se ha pretendido que el traductor de una obra antigua o extranjera debe hacer hablar al autor que traduce como ést hubiera probablemente hablado, si hubiera tenido que expresar sus conceptos en la lengua de aquél. Este cano es de una verdad incontestable; pero sucede con él lo que con todas las reglas abstractas: su aplicación es difícil. En todo idioma, se ha incorporado recientemente, digámoslo así, multitud de hechos y nociones que pertenecen a los siglos en que se han formado, y que no pueden ponerse en boca de un escritor antiguo, sin que de ello resulten anacronismos más o menos chocantes. ¡Cuántas voces, cuántas frases de las lenguas de la Europa moderna envuelven imágenes sacadas de la religión dominante, del gobierno, de las formas sociales, de las ciencias y artes cultivadas en ella; cuántas voces y frases que fueron en su origen rigurosamente técnicas, empleadas luego en acepciones secundarias, han pasado a la lengua común, y han entrado hasta en el vocabulario del vulgo! ¿Y pudiéramos traducir con ellas las ideas de un poeta clásico, y de los personajes que él hace figurar en la escena, sin una repugnante incongruencia? Pues de esta especie de infidelidad adolecen aun las mejores traducciones; y lo que es más notable, traductores ha habido que la han juzgado lícita, y que, en la versión de un autor antiguo, han preferido las voces selladas con una estampa enteramente moderna, teniendo otras que echar mano para reproducir con propiedad y pureza los pensamientos del original». El texto en J. C. Santoyo, *op. cit.*, p. 163.

<sup>13</sup> No mal encaminado va este planteamiento si atendemos a perspectivas lingüísticas actuales. Así H. Geckeler (*Semántica estructural y teoría del campo léxico*, Gredos, Madrid, 1976, p. 278) considera el campo léxico el más importante eslabón de cuantos intervienen en la cadena de la traducción advirtiendo así que «la semántica de la palabra debe preceder lógicamente a la semántica de la frase». También expresaba lo mismo

decir Graciliano Afonso puede verse que aboga por un tipo particular de traducción, en este caso de sintagmas pequeños, incidiendo en la traducción palabra por palabra.<sup>14</sup>

2. En relación con uno de los problemas más significativos que afecta a la traducción, referente también a la lengua original, y que al fin y al cabo es la piedra filosofal de la misma, incide nuestro doctoral en la «Advertencia preliminar» que antecede a la *Oda al Teide*:

Lo mismo aconteció al último Marqués de Villa Nueva del Prado D. Alonso de Nava Grimon, traductor de los Mártires de Chateaubriand, que todo pudo ser, menos poeta; este arlequin de la política y de la Relijion, Proteo de la Literatura, y el Par mas Par, y Vizconde mas Vizconde de todos los Vizcondes, habidos y por haber. Yo no puedo formar juicio completo del genio poético del traductor, ya porque solo se publicaron y fué lo que pude leer, unos dos cantos precedidos de un prólogo con morrion, que contenia bellísimos principios sobre la poesia; ya porque en la traduccion de un frio y embrollado orijinal, era preciso ser Homero, para que apareciesen con gracia y brillo, pensamientos ó comunes, ó románticos, sin hacer una creación de la *Nada*.<sup>15</sup>

Se alude aquí no sólo al problema —latente— de la imposibilidad de traducción en sí, sino también a las dos fases de la misma:<sup>16</sup> la traducción pasaría del estadio de la comprensión del texto en la lengua original (añádase aquí la dificultad de ser éste «frío y embrollado») al de la fase de expresión, donde lo deseable sería que se reflejara la «gracia y brillo del original». A la postre se refiere a una clase de obras, a las que, por ejemplo, también aludió M. Cesarotti, y cuyo mérito estaba en el estilo. Decía en 1805 este traductor de la *Iliada* en dos versiones y de las *Vidas* de Plutarco:

El valor de una traducción depende siempre del valor del original. Si éste es de poca valía, tedioso, insípido, esencial y notablemente defectuoso, la más lograda de las traducciones nunca podrá volverlo interesante, y toda la labor del traductor no será juzgada sino como abuso de ingenio y de tiempo. Ahora bien, el valor de los originales se basa o bien en el contenido o bien en el estilo. Los escritores admirables por sus contenidos, se contentan con persuadir el intelecto e instruir la memoria. Los que se aconsejan por su estilo hablan principalmente al corazón y a la fantasía y pretenden entretener y conmover. Se trata entonces de dos clases distintas de traducciones correspondientes a dos tipos

J. Delille en 1769 en el prefacio a su traducción de las *Geórgicas* de Virgilio: «(...) Siempre he pensado que la traducción es una manera de enriquecer el lenguaje. Cuando se escribe una obra original en una lengua cualquiera, es como si se agotaran las propias fuentes de ese idioma, si se me permite la expresión. Pero cuando se traduce, se importan las riquezas contenidas en la lengua extranjera a la propia por medio del más gratificante comercio». El texto en M. A. Vega, *op. cit.*, p. 192. Cf. además sobre el particular, J. Checa Beltrán, «Opiniones dieciochistas sobre la traducción como elemento enriquecedor o deformador de la propia lengua», en M<sup>a</sup>. L. Donaire y Francisco Lafarga (eds.), *Traducción y adaptación cultural: España-Francia*, Oviedo, Universidad de Oviedo, pp. 593-602.

<sup>14</sup> No se olvide, como indica V. García Yebra (*Teoría y práctica de la traducción*, t. I, Gredos, Madrid, 1984, p. 407) que este procedimiento es fácilmente aplicable en lenguas más o menos tipológicamente afines.

<sup>15</sup> *Poesías de D. Graciliano Afonso*. Tomo I, pp. 93-94.

<sup>16</sup> Cf. V. García Yebra, *op. cit.*, p. 30.

diferentes de escritores, unas pormenorizadas y sagaces, otras audaces y geniales. Las primeras tienen como único objetivo manifestar con exactitud y transmitir con precisión los sentimientos del texto; las segundas quieren hacerlo saborear, mantener *el colorido, el semblante, el espíritu y todos aquellos encantos que en la lengua del original embelesan a los lectores*. Las primeras, entonces, pretenden sólo comprensión de la lengua, paciencia y buen sentido por parte del lector; las segundas, en cambio, exigen riqueza y flexibilidad de estilo, habilidad, delicadeza, entusiasmo; en una palabra, un ingenio que pueda de alguna manera competir con el original.<sup>17</sup>

III. Los comentarios más pertinentes, a falta de datos en otras composiciones posteriores, se encuentran en los preliminares y las anotaciones que envuelven las traducciones de Anacreonte y Museo y la traducción de Alejandro Pope, correspondientes a los años que van de 1838 a 1840.

Graciliano Afonso —si seguimos a A. Armas Ayala— llegó a Anacreonte a través de Meléndez Valdés.<sup>18</sup> La traducción del lírico de Teos se publicó en Puerto Rico en el año 1838, junto a *Los amores de Leandro y Hero* de Museo y el *Beso de Abibina*.<sup>19</sup> Las referencias de Afonso sobre la traducción se hallan en los preliminares de esas composiciones. Para la traducción de Anacreonte escribió un «Compendio de la vida de Anacreonte» y un «Breve discurso sobre la Poesía Anacreóntica». Analicemos, a este respecto, ahora ambos.

1. Las primeras palabras de nuestro Doctoral en el «Compendio de la vida de Anacreonte» referidas claramente al proceso traductor, y en este caso concreto de la traducción de un autor clásico, dejan bien patente un aserto insinuado anteriormente: la dificultad que entraña la traducción; de paso, también, está latente uno de los manidos

<sup>17</sup> El texto en M. A. Vega, *op. cit.*, p. 222. La cursiva es mía. Pensamientos similares esboza, de la misma forma, Andrés Bello quien argumenta con respecto a Homero: «De todos los grandes poetas, ninguno opone tantas dificultades a los traductores, como el padre de la poesía, el viejo Homero. A ninguno quizá de los autores profanos, le ha cabido la suerte de ser traducido tantas veces; y sin embargo de esto, y de haber tomado a su cargo esta empresa escritores de gran talento, todavía se puede decir que no existe obra alguna que merezca mirarse como un trasunto medianamente fiel de las ideas y sentimientos, y sobre todo de la manera del original griego; que nos transporte a aquellos siglos de ruda civilización, y nos haga ver los aspectos singulares en que debieron presentarse al autor; que nos traslade las creaciones homéricas puras de toda liga con las ideas y sentimientos de edades posteriores; que nos ponga a la vista una muestra genuina del lenguaje y de la forma de estilo que les dan en su idioma nativo un aire tan peculiar y característico; en una palabra, que nos dé, en cuanto es posible, a todo Homero en sus bellezas sublimes, y que no nos dé otra cosa, que Homero». El texto en J. C. Santoyo, *op. cit.*, p. 162.

<sup>18</sup> Apunta, igualmente, este estudioso de la obra del doctoral canario (cf. *Graciliano Afonso: prerromántico e ilustrado*, ya cit., p. 103) algunos datos interesantes al respecto. Así dice: «Ya se ha visto que el valdesianismo de Afonso le llevó hacia el bucolismo anacreóntico. (...) A pesar de que tuvo en cuenta la traducción francesa de Gail (1705), es evidente que Afonso se enfrentó directamente con el texto griego. Especialmente las notas que acompañan a la versión, dan fe de la preocupación sentida por el Doctoral de que la traducción tuviese una utilidad didáctica».

<sup>19</sup> Hago constar que para el trabajo sigo la copia de Juan Padilla en la que se encuentran otros inéditos sobre el particular, de los cuales según consta en A. Armas Ayala (*Ibidem*, p. 104) iba a hacer uso Afonso con vista a una segunda edición; incluso se proponía hacer una doble versión en latín y en español del texto en griego.

tópicos, de entre los muchos que se han venido repitiendo entre los traductores, que proviene de época clásica: la *patrii sermonis egestas*.<sup>20</sup> Realiza, asimismo, una mención crítica de las traducciones que de Anacreonte se habían realizado (seguramente de las que tenía más noticia, y serían más afamadas en la época), las cuales demuestra conocer bien:

¿Como, pues, traducir á Anacreonte: como trasmitir en los esfuerzos de una traduccion la gracia y la blandura de un canto de inspiracion, todo imájenes, todo sentidos, retratados en su divino idioma, en la pobreza y sequedad de nuestras lenguas modernas? Sin embargo de estas visibles y casi insuperables dificultades hallamos traducciones de este poeta en latin, que estan en casi todas las públicas bibliotecas, acompañados del testo (sic) griego, con grandes comentarios, que embarazan mas que ayudan la juventud que los consulta. Entre las latinas, ultimamente han aparecido la de M. J. B. Gail, profesor de Lit. en el Colej. de Francia, con una traduccion en prosa francesa, que es, á mi juicio la mas justa y exacta de cuantas hasta ahora han caido en mis manos. Se halla traducido en verso francés por Galou, Sivri, Lafosse y otros modernos: en italiano hay varias; y en ingles hay dos recientes, las de Moore y Bourne; de la primera dice la Enciclopedia Edinense, que acaso el orijinal no escede (sic) á la traduccion, pero el lector imparcial que lea una y otra, percibirá á primera vista, la enorme diferencia, que solo una ciega parcialidad de espíritu nacional puede desconocer; la de Bourne ha merecido ser la que se halla en la célebre colección de traductores de Valpi [=Vulpi], que es su mejor elogio.<sup>21</sup>

Al juicio de las traducciones realizadas en suelo patrio de Anacreonte, entre las que nuestro doctoral destaca la de Villegas y la de los hermanos Canga Argüelles, continúa un programa de intenciones donde, a modo de presentación ante el público lector,<sup>22</sup> recuerda los avatares por los que ha tenido que pasar esta empresa, cuando se encontraba en tierras lejanas sin los indispensables instrumentos de trabajo. Su traducción lejos de llegar a tener la belleza de la de Villegas, sí se caracteriza por una mayor fidelidad al texto griego:<sup>23</sup>

Yo ignoro si hay traduccion alguna en verso español mas antigua que la de D. Esteban Manuel de Villegas, y entre los modernos helenistas, alguno que haya adelantado sobre el ensayo de los

<sup>20</sup> Cf. sobre ello, F. Salas Salgado, «Consideraciones sobre la *patrii sermonis egestas* en las traducciones del humanismo español», *Livius*, 13 (1999), pp. 173-197.

<sup>21</sup> *Poetas de Graciliano Afonso*, t. II, pp. 165-166.

<sup>22</sup> Debe considerarse que nuestro doctoral era buen conocedor de la retórica antigua y, por ende, de los recursos que desde entonces (cf. E. R. Curtius, *Literatura europea y Edad Media Latina*, vol. I, FCE, Madrid, 1984, 4ª reimpr., pp. 127-131) se prescribían para lograr objetivos diversos. Dentro de los *topica* de la «falsa modestia» se encuentra aquél en el que el autor se siente flaquear ante la empresa que le ha tocado realizar (cf. E. R. Curtius, *op. cit.*, p. 128). Ello tiene mucho que ver con lo que expone en este punto Graciliano Afonso, quien de modo latente intenta mostrar su incapacidad ya sea por el peso de los años, ya sea por no encontrar suficientes recursos para la consecución de su propósito.

<sup>23</sup> Cabe decir que la traducción de Villegas, aunque sea muy celebrada, no es del todo completa y no es tan fiel como la de los hermanos Canga Argüelles, realizada sobre el texto de Barnes. Cf. para más detalles, M. Menéndez Pelayo, *Biblioteca de traductores españoles*, t. I, Santander, 1952-1953, p. 277.

hermanos Canga Argüelles. Emigrado en una Colonia inglesa hace doce años, lejos de comunicacion con literatos españoles, sin mas libros que los pocos que podian hallarse en un pueblo naciente, y todo mercantil, reservados á personas de alto carácter, solo me podian servir de guia los recuerdos de mi juventud debilitados en la edad de 60 años; cuando en una almoneda pública encontré un Anacreonte en griego y latin de Gail; al punto resolví recordar mis antiguas lucubraciones griegas que habían sido mi principal ocupacion en mi destierro con un Homero de Clark, y una Biblia, que hice venir de Londres, y á fuerza de trabajos, emprendidos solo por establecer mi salud arruinada por el disgusto y pesar, que persigue siempre al emigrado, salió al fin en pocos meses la traduccion que ofrezco al público: quien la lea no la compare con la de Villegas; seria una empresa, inútil en mis circunstancias, querer rivalizar con el padre de la Anacreontica española, pero en cambio, el joven poeta hallará, si no la suavidad y dulzura de Villegas, mas exactitud y aproximacion al orijinal y mas completa la obra, pues Villegas omitió algunas odas sin que se alcance la razon, ó de decencia ó de dificultad. La traduccion salió en cuatro columnas griegas, latinas, prosa y verso español con algunas notas que me parecieron indispensables; y asi existe una copia, que será impresa luego que el público haya manifestado su opinion sobre la presente.<sup>24</sup>

Esta preocupación por la fidelidad ha tenido sus partidarios en todos los tiempos. Ciñéndonos sólo a la época en que vivió nuestro doctoral, encontramos casos verdaderamente apologéticos en defensa de la fidelidad de la traducción. Así, por ejemplo, se expresaba Nicolás de Aquino en el «Prólogo del traductor» de *El deísmo refutado por sí mismo, o examen de los principios de incredulidad esparcidos en las diversas obras de M. Rouseau... Su autor M. Bergier... Traducido al Castellano... por... Nicolas de Aquino...* (Blas Román, Madrid, 1777):

Y luego encontré la dificultad que cuesta una traducción bien hecha: lo arduo que es no equivocar el ayre de las frases en una y otra lengua: el substituir las voces, dandoles el verdadero espíritu, sin alterar el estilo del original, y despojar las expresiones de aquella energía que le dió el Autor: el huir del escollo de no traerse con los periodos aquel modo inherente, y característico del idioma que se traduce.<sup>25</sup>

<sup>24</sup> *Poesías de Graciliano Afonso*, t. II, pp. 166-167.

<sup>25</sup> El texto en J. C. Santoyo, *op. cit.*, p. 118. Otros argumentos esgrime pormenorizadamente Antonio Ranz Romanillos, no sin cierta osadía, en el prólogo a su traducción de *Oraciones y cartas del padre de la eloquencia, Isócrates* (Madrid, 1789) pues se ha «propuesto traducir á Isócrates de modo que le halle qualquiera, y reconozca en mi version, y que pueda esta servir en alguna manera de original: así como la copia de un retrato, si está bien hecha, pasa por él muchas veces, sin que tenga motivo de echar de menos el retrato mismo aquel que ha llegado á conseguirla. Y para esto, que acaso será empresa superior a mis fuerzas, he puesto el mayor cuidado en no alterar ni el orden de los pensamientos, ni el de las idéas, porque este las mas de las veces es natural, y quando no lo sea, algun motivo debió de tener el Autor para escogerle; en conservar á los periodos los mismos miembros, y la extensión misma que tenían; en no quitar ninguna conjuncion, y colocar los adverbios en el mismo lugar que en el original ocupaban; en dar á las frases simétricas su mismo orden, ó colocarlas en otro equivalente; en expresar los pensamientos brillantes con el mismo número de palabras que empleó el Autor; en guardar todas las figuras de sentencia, y aun las de palabra, si no copiando las mismas, poniendo por lo menos en su lugar otras semejantes; en excusar quanto he podido las paráfrasis y circunloquios, por conocer que con ellos se desfigura sumamente el texto; y en una palabra, en no separame en nada de la diction de este, si no es quando me han precisado á ello ó la claridad, que siempre es la primera dote del estilo, y sin la que se hacen infructuosas todas las demas, ó la naturaleza misma de las obras que

2. Un último apunte, correspondiente también a esta traducción de Anacreonte, se encuentra en «Breve discurso sobre la Poesía Anacreóntica». Aquí se entrevé un tipo de traducción que abundó a finales del siglo XVII y en el XVIII, las denominadas *belles infidèles*,<sup>26</sup> cuando sobre la traducción que Thomas Moore hizo del lírico de Teos dice:

...con todo, hay traductores bastante felices en las odas de Anacreonte. En italiano hay seis ó mas traducciones; en Inglés la de Bourne y la de Moore, que ha adquirido el nombre de Anacreonte Inglés acompañada de un riquísimo comentario, pero arrebatado de entusiasmo, se puede decir que formó un Anacreonte nuevo que leerán siempre con el mismo interés los poetas de la nación inglesa.<sup>27</sup>

3. Se dijo anteriormente que a la traducción de Anacreonte acompaña la de *Los amores de Leandro y Hero* de Museo. La «Advertencia del Autor» que precede a esta traducción de Museo contiene unas apostillas sobre el tema. Destaca, de entrada, el interés que hace tiempo decía tener nuestro doctoral de comprobar, según lo refiere, la fama que había logrado este poeta griego, aunque principalmente le importaba más si era cierta la celebridad alcanzada por la traducción que Boscán hizo de aquél, usando del endecasílabo asonante para tal menester. Su conocimiento de la utilización de este verso en diferentes lenguas y por diferentes autores es evidente como muestra el siguiente párrafo:

Joven, leí la traducción de Boscán de los amores de Leandro y Hero, en verso suelto ó blanco; y careciendo entonces, y aun despues, del original Griego, nunca pude compararla para graduar su mérito: por casualidad en la Almoneda del Obispo Bockley V. G. App.º de las Islas de Barlovento, residente, en la Trinidad, hallé y compré una malísima impresion de varios clasicos de aquel Idioma; y hallando por otra mayor rareza, un Boscán mutilado en las manos de un maniaco de la literatura Española, aunque Ingles, me puse en estado de exáminar lo que hacia mucho tiempo deseaba; esto es si merecia tantos elogios la Obra de Museo, que Scaligero prefiere á Homero, y como, en el reciente Idioma poético Español y su endecasílabo sin consonantes habia trasladado sus gracias el amigo del inmortal Garcilaso. Aun me llevaba á este examen otra idea; el poco uso, que nuestros poetas han hecho de este género de metro. Provocaba mi curiosidad á indagar la causa, pues de Garcilaso hay una carta al mismo Boscán, de Villegas algunas imitaciones latinas; en la traducción del Aminta hay entre otros trozos, el gran soliloquio de Sátiro; del Guarini en el Pastor Fido, excelentes trozos por el Sr. Quintana, y sin hablar de algunas traducciones las excelentes cartas de Melendez, que dejando en la primera las trabas de los tercetos, no hay deleite semejante al que produce la lectura

traducia». El texto en J. C. Santoyo, *op. cit.*, p. 128.

<sup>26</sup> Cf. R. Zuber, *Les belles infidèles et la formation du goût classique*, 1968, Paris.

<sup>27</sup> *Poesías de Graciliano Afonso*, t. II, p. a.12. N. P. Ablancourt, quien dio el modelo en su traducción de Luciano para las «bellas infieles», no deja lugar a dudas en su argumentación de que estamos ante una «modernización» del texto traducido: «(...) Consiguientemente no me atengo a las palabras del autor, ni siquiera a sus pensamientos. Yo guardo el efecto que él intentó producir en la mente, y dispongo el material según la manera de nuestra época. Tiempos diferentes no requieren palabras diferentes, pero sí diferentes pensamientos (...). Lo que yo he conseguido no es ciertamente una traducción, en sentido estricto. Es algo mejor que una traducción (...)». El texto en M. A. Vega, *op. cit.*, p. 162.

de las otras, en donde la armonia (*sic*) de los Jambos (*sic*) es tal, que se olvida el sonsonete del consonante, cuantas veces se leen. Los Italianos usan muchos esta medida, y entre los modernos son muy célebres las cartas de Pindemonte y otros. Los Ingleses tienen su mejor laurel, el Paraíso perdido, y Estaciones en verso blanco; y el Lírico Collins, escribió su celebre oda al Crepúsculo, y otras obras hay además, que si no son del gusto del Gran Critico Johnson por este respecto, han convencido á bien pocos, sus razones para dejarlas de admirar. Los Poetas Franceses y principalmente Voltaire, en diferentes partes de sus obras; se declara contra esta clase de metro; y á la verdad ¿que sería la lengua Francesa en la armonia poetica, si careciese, del ruido de los monotonos Alejandrinos, y de cierto eco reflejo en el resto de otros metros de sus poesias? Nuestra poesia tiene, sobre los Idiomas modernos la ventaja de los asonantes; pero tambien trahen y dan á la poesia un cierto aire trivial, que casi nuestros poetas los han dejado á los Romances, Anacreonticas, sátiras, obras didacticas y principalmente para el uso del diálogo cómico y aun trágico. Varias veces lo veo empleado en cantos Heroicos y de ellos puede ser ejemplo la conquista de Granada, que se halla entre los premios de la Academia; obra del oidor Baca de Guzman, y Saavedra en su Moro exposito. Los Italianos, Alfieri, en sus Tragedias; Monti en las suyas; en su traduccion de la Iliada Pindemonte; Alejandro Manzoni, en el Conde de Caramagnola; Silvio Pellico en su Francesa de Rímini, y cuantos les han seguido, no usan de otro metro. ¿Por que, pues, nuestra lengua que tanta analogía con aquella tiene, no ha de imitar un ejemplo, que alargaría infinitamente el horizonte (*sic*) poetico Español? ¿por que se ha de andar siempre á caza de consonante, y el mas hermoso pensamiento no se ha de expresar sino con ripios; porque no hay consonante, que lo exprese con fuerza y brevedad, en la lengua, que con tanta lentitud se ha formado; y obstaculos invencibles no la permiten los números de la Griega, ni de la Latina?<sup>28</sup>

Y su defensa del verso asonante<sup>29</sup> es un argumento que se repite en otros autores de la época, caso de José Gómez de Hermosilla, quien en el «Discurso preliminar» hablando de su traducción de la *Iliada de Homero* (Madrid, 1831) dice:

Está en endecasílabos libres: endecasílabos, porque los versos castellanos de ménos sílabas no se usan ni deben usarse en los poemas épicos; y libres por las siguientes razones: 1. Solo este metro es el que hasta cierto grado puede tener toda la flexibilidad de los exámetros griegos y latinos, y el único que permite dar á los versos de la traducción el corte de los originales cuando así lo pida la intencion manifiesta del autor. 2. En versos consonantes, de cualquier modo que se combinen, es imposible

<sup>28</sup> Tomo el texto de *Odas de Anacreon. Los Amores de Leandro y Hero traducidos del Griego; y el Beso de Abibina por G.A. = D. de C. (Adorno)* Con permiso del Gobierno. Puerto-Rico. Imprenta de Dalmau. Año de 1838, pp. 65-67.

<sup>29</sup> «Yo oigo á estos partidarios del consonante, que si se quita este suplemento de armonia, se despoja á la lengua de un gran recurso; atenta su pobreza. Sea así, pero no se diga, que tal obra no tiene mérito, porque está en verso blanco; cuando están cortados de tal modo, que corre fácil, sin hiatos, con las cesuras oportunas; y las imágenes y otros requisitos de la poesia, dan á la obra el carácter poetico? Por lo que á mi hace, estoy persuadido, que el verdadero poeta cautiva siempre á su lector de tal manera, que el consonante será siempre olvidado. Este es el remiendo de grana de Horacio; que suple todos los defectos de genio, estro, ciencia y fuerza, que son inseparables de un verdadero morador del Parnaso». En *Odas de Anacreon. Los Amores de Leandro y Hero traducidos del Griego; y el Beso de Abibina...*, ya cit., pp. 67-68. En «Notas del traductor», en concreto la correspondiente al v. 151 de la Parte II de la traducción que hizo Graciliano Afonso de Pope (cf. *Poesías de Graciliano Afonso*, t. III, pp. 217-218), se incide sobre lo mismo: el tedio que provoca la rima consonante, la poca aceptación del verso asonante para la composición poética y la variedad que los poetas modernos han introducido para sofocar la continua repetición de octavas rimas y tercetos son algunos de los aspectos tratados.

traducir fielmente el original. Haga la prueba el que guste, y verá que empleando el consonante (...) tiene que parafrasear el original á cada paso. (...) No negaré que (...) en lo demas puede cualquiera adoptar la octava, y acaso otra combinación de versos consonantes, si escribe un poema épico original. Porque, dueño entónces de la materia, puede elegir ó desechar los pensamientos principales, segun que le parezcan mas ó menos á propósito para producir el efecto que desea; modificar á su gusto los ya elegidos añadiendo ó quitando ideas secundarias, segun que se presten ó no á la expresion poética; y de consiguiente, suprimir en las frases las palabras que no convienen al verso. Pero por lo mismo es evidente que el fiel traductor nada de esto puede hacer. Los pensamientos en general, las ideas particulares modificadas segun quiso el autor, el orden en que aquellos deben sucederse, las formas oratorias, las expresiones de la lengua original, y hasta la distribucion de la obra en párrafos y cláusulas; todo le está dado, y nada puede alterar sustancialmente. Al elegir las frases que en su lengua corresponden á las del texto, y al colocar las voces para que resulte el verso, tiene alguna libertad; pero al fin sus expresiones deben decir ni mas ni ménos que las del original, ó su traduccion será como las bellas infieles de Ablancour.<sup>30</sup>

Ello le anima en su intención de ensayar en tal clase de metro una traducción de la obra de Museo, guardando fidelidad al contenido, alejada la misma de las imperfecciones que demuestra el texto de Boscán:

Yo he querido tentar por mi mismo un ensayo, siguiendo, la idea de Boscán, y traducir en tal metro los amores de Leandro y Hero. Quien haya leído la traduccion de aquel poeta, habrá notado, cuan lejana está del original. Vulgaridad en el language (*sic*), perifrasis, que desgracian todo el sentimiento y delicadeza, que exigian el asunto, por si tierno y sentimental. No aspiro á mejorar de suerte, porque no tengo la presuncion de querer compararme con la Musa, que aplaudió Garcilaso; pero si creo, que siendo el language (*sic*) mas cercano á nuestro siglo, será mas leida esta traduccion, en la que he procurado guardar, en cuanto he podido, el espíritu y gracias del original, que yo he vertido en nuestro Idioma con casi igual número de Versos, como lo he hecho en la de Anacreonte.<sup>31</sup>

4. Otras noticias se encuentran en el *Ensayo sobre la Crítica de Alejandro Pope* que precede a la traducción que nuestro doctoral hizo de esta obra, además de en las anota-

<sup>30</sup> El texto en J. C. Santoyo, *op. cit.*, p. 160. Iguales consideraciones había apuntado Luis Folgueras Sión en el prólogo a su traducción de las *Sátiras de Juvenal* (Madrid, 1817) para quien el verso libre «(...) además de ser cortado, y como inventado para esto, es ni mas ni menos muy propio para la Sátira» (en J. C. Santoyo, *op. cit.*, p. 149).

<sup>31</sup> En *Odas de Anacreon. Los Amores de Leandro y Hero traducidos del Griego; y el Beso de Abibina...*, ya cit., p. 68. Cabe insistir en que Afonso adopta el verso en su traducción atendiendo al fondo más que a la forma («espíritu y gracias del original»), entendiendo la dificultad que plantea la traducción verso a verso por la diferencia en las estructuras sintácticas de las lenguas. Ya M. Cesarotti advertía que «los traductores, queriendo evitar la dificultad de la traducción, subrayan únicamente la diversidad del lenguaje: pero no parecen percibir otro escollo con el que tienen que enfrentarse y que es, a mi juicio, todavía más grande, a saber: el que deriva de los diferentes tipos de versificación. Bien es verdad que los sentimientos, los pensamientos y las expresiones se moldean espontáneamente de acuerdo con la versificación peculiar de cada uno de los poetas. La brevedad o la amplitud del verso, la variedad de las flexiones, de las pausas, de las cadencias, la armonía que procede naturalmente del número y la deriva de la adecuación de las consonancias, el entrelazarse variado y la distribución de las rimas; cada uno de estos elementos modifica los sentimientos y les comunica una belleza propia y distinta de todas las demás». El texto en M. A. Vega, *op. cit.*, p. 221.

ciones que prosiguen a aquélla. En uno y otras se vuelven a tocar temas ya tratados, y se desarrollan otros nuevos.

En el *Ensayo* tras plantear que la excelencia de la obra original puede sobrepasar las imperfecciones y dislates de una mala traducción,<sup>32</sup> se introduce de lleno en reflexiones donde vuelve a hacer gala de su habilidad retórica recurriendo a la manida *captatio benevolentiae*, esbozando cuestiones muy puntuales, especialmente aspectos referidos al estilo y a la fidelidad hacia el texto original, señalando el intento de su traducción de igualar el número de versos del original:

[...] Confieso sin embargo, que empezada mi traducción, á pocos dias abandoné mi empresa ya porque mis ocupaciones, achaques y edad de 60 años no me suministraban la tranquilidad y tiempo necesario para llenarme del espíritu del Autor y poder luchar con el laconismo de la lengua inglesa, pues me propuse fuese igual el número de versos en la traducción que en el original; ya porque me ocurrió (no tenía entonces noticia de la Poética de Martínez de la Rosa) que el arte poética de Boileau se halla traducida por Arriaza y el de Horacio por Espinel, Iriarte, Sobrado y otros; y ultimamente por Burgos; el que supliendo, según el dice, la incorrección de Espinel y la falta de genio, estro poético y abrumador prosaísmo de Iriarte y reuniendo cuantos preceptos y observaciones había esparcido en su traducción de Horacio, ofrecía una especie de manual del buen Gusto á la Juventud Española.<sup>33</sup>

La alusión a Burgos no acaba aquí. En el siguiente párrafo a los aplausos y reproches que ha tenido aquel traductor de Horacio,<sup>34</sup> aduce Afonso una causa a modo de

<sup>32</sup> De este modo en *Poesías de Graciliano Afonso*, t. III, p. 123, dice: «Me confirmó en esta opinion la escelencia (sic) de la obra orijinal, la que aun desfigurada por una imperfecta traducción, podia obrar este y otros milagros en el campo del Buen Gusto y de las Bellas Letras».

<sup>33</sup> En *Poesías de Graciliano Afonso*, t. III, pp. 123-124. También el citado José Gómez Hermosilla insistía en su traducción de la *Ilíada* que había mantenido «igual número de cláusulas cuando alguna de ellas no resultaba demasiado larga» (cf. J. C. Santoyo, *op. cit.*, pp. 160-161).

<sup>34</sup> En *Poesías de Graciliano Afonso*, t. III, pp. 124-126: «Confieso tambien, sin rebozo, que no soy tijera para tan rico paño; pero creo, que el mundo literario, si lo hay en España, ha hecho justicia á este Español celoso de los adelantos de la Juventud, colocándole en el rango, que merece, como Poeta traductor, y Crítico severo, delicado, pero con el calor y fuerza de la edad: y tal vez lleno de aquella libertad con que Horacio trataba á Canidia, Lice y el Liberto Mena, ó los que eran objetos de sus Sátiras, y aun de su Arte Poética. Así es, que cuando se publicaron en 1823 los últimos volúmenes de la traducción, aunque oí grandes encomios, hasta de Poetas de nota, me sorprendió no ver un aplauso tan general, como yo me prometía, cuando leí, en mi país medio salvaje, que es la pátria de Iriarte, los dos primeros que contenian las odas, que leí y releí gran número de veces con el mayor placer, como la mejor traducción española, que habia hasta entonces aparecido. Dentro y fuera de Madrid no perdonaban á Burgos la contagiosa enfermedad del prosaísmo; la poca exactitud en amontonar voces monosílabas y disílabas, multiplicadas vocales, hiatos, descuido en las censuras (*sic*), y tal vez en la medida que hacen los versos insoportables á un oído delicado, lo que resalta tanto mas cuanto era este, al parecer el Idolo y el cuidado favorito del traductor. Menos le perdonaban la severa crítica, ó como ellos decían, la hipócrita censura, con que, ingrato, azotaba á sus Maestros Dacier, Sanadon y otros extranjeros: y á los naturales Maestro Leon, Argensolas, Villegas, Martínez, Iriarte (quien hubiera respondido en su fábula de la Avutarda), Cienfuegos, los ocios del modesto Sobrado, y cuantos ocios, que no fueron los suyos, como él dice en su dedicatoria al Rey Fernando VII, se atrevieran á traducir á su autor, sin consentir ni aun las caricias de amantes, que no fueron de su tiempo». Más referencias y un análisis más detallado en B. Antón Martínez, «El humanista ilustrado F. Javier de Burgos, traductor y comentarista de las "Odas" de Horacio (ed. de 1844)», en *Actas del VII C.E.E.C.*, t. III, Madrid, 1989, pp. 365-371; un ejemplo de esta serie de comentarios

excusa sobre la validez de las traducciones: que éstas —y en concreto la suya— sean una manera de acceder a obras escritas en otras lenguas para aquellos que no poseen conocimiento de las mismas. La traducción, o mejor, una buena traducción, podría en ese momento servir, asimismo, de aliciente al original traducido, consideración que se repite entre los traductores de la época:<sup>35</sup>

Cada uno puede juzgar, como quiera, de esta traducción [se refiere a la suya], pero concluiré diciendo, que el que sepa inglés destierre cien leguas esta traducción; quien pueda leerla en francés haga lo mismo; pues la prosa y su claridad le harán más fácil la inteligencia: pero quien no sabe, ó sabe mal, una u otra lengua conténtese con esta; que si no vé á Pope en todo su esplendor, al menos cuando lea el elogio de Homero y Virgilio, la comparación de la subida á los Alpes para representar las dificultades de aprender las ciencias; el rasgo de la manía de D. Quijote por combates hasta sobre la escena; el siglo de Leon X, el elogio de Longino, Horacio, Quintiliano, y toques de mano maestra, que descubren el gran Poeta y al gran Crítico, el Longino moderno, se dirán á sí mismo con asombro. ¿Qué será la luz cuando son tan agradables las penumbras? Acaso esto servirá á tomar de prisa un maestro inglés, á fin de leer el original y correr después en pos de Milton, Dryden, Shakespeare, Prior y otros infinitos que desacreditamos porque no los conocemos.<sup>36</sup>

5. Al prólogo de la traducción de Pope, acompañan unas anotaciones a determinados versos, donde toca Graciliano Afonso diversas cuestiones. Algunas hacen referencia a la traducción, pero no es éste el único punto de atención, pues se plantean también otras cuestiones. La primera mención que he localizado, para lo que aquí se trata, se refiere a uno de los problemas más debatidos en la diversas épocas de la traducción. En «Notas de la parte tercera», en concreto la referida a los vv. 103-104, formula uno de los

a las traducciones de Burgos puede verse en M<sup>a</sup>. Mar Pérez Morillo, «Las traducciones de Horacio en los siglos XVI al XVIII: una polémica neoclásica entre Juan Tineo y Javier de Burgos», en M. Pérez González (ed.), *Actas Congreso Internacional sobre Humanismo y Renacimiento*, vol. I, Universidad de León, 1998, pp. 569-580.

<sup>35</sup> En efecto, en el «Discurso preliminar» a *La Ilíada de Homero, traducida del griego en verso endecasílabo castellano por D. Ignacio García Malo* se dice: «(...) Sería mucha extravagancia, que los pintores, porque no pueden llegar á la perfección que Rafael ó Miguel Angel, no se determinasen á copiar sus pinturas, en que saben muy positivamente que han de quedar muy inferiores á los originales... ¿No se contentan los pintores y los hombres curiosos, que no han visto el Vaticano, con las láminas del célebre Volpato, que representan *le Logge* de Rafael de Urbino; aunque saben que el buril no puede dar á sus obras tanta elegancia y hermosura, como el pincel y vivo colorido á las pinturas de un artífice tan célebre, y admirado justamente de todos los hombres de buen gusto? ¿Se dirá que Volpato es un temerario por querer imitar con el buril, lo que Rafael hizo con sus colores y pincel? Me parece que sería esta obgecion la más extravagante y temeraria. ¿Dejará de agradar su vista á los inteligentes, sin embargo de que están persuadidos de que es una copia muy inferior? No hay la menor duda en que se aprecian mucho sus láminas, á pesar de la diferencia. Pues por la misma razón, los que no entiendan á Homero en su original, podrán hacer este paralelo, y sacar por mí poesía lánguida y fría, en comparación de la de este hombre admirable, lo maravilloso y característico de las suyas, pues los que puedan leer con fruto el original, no necesitan de mi traducción, ni les aconsejo que ocupen el tiempo en leerla cuando pueden emplearlo con mucha mayor utilidad en la fuente abundante de donde los poetas, historiadores, oradores, y aun filósofos han bebido el arte necesario para ser grandes y sublimes cada uno en su género». El texto en J. C. Santoyo, *op. cit.*, p. 127.

<sup>36</sup> En *Poetas de Graciliano Afonso*, t. III, pp. 130-131.

eternos rompecabezas sobre la traducción tratado desde tiempo atrás, cual es el de realizar la misma en prosa o en verso; de paso justifica la dificultad de las traducciones en verso atendiendo a la insuficiencia de la traducción que de Horacio realizó Burgos. Sin embargo, hay otros asuntos ya mentados en las páginas anteriores que no tienen desperdicio:

¿Son las traducciones en verso las más apropiadas (*sic*) para hacer útil el conocimiento de los clásicos? Esta es una cuestión muy ventilada, y sobre la que calló altamente el Sr. Burgos en su traducción de Horacio. El traductor en prosa, presenta todo el pensamiento del original como el es, con elegancia y buen lenguaje; que es cuanto se le pide y es lo que se necesita para la imitación, abriendo el camino para releer y meditar los clásicos en sus originales. En las traducciones en verso, cuando se quiere luchar con el autor y hacerle hablar una lengua moderna, como sucede al Sr. Burgos, son imitaciones más ó menos aproximadas de un versificador en agonía, que no pudiendo traducir *ubidi* y *sici*, los falló *ex cathedra* intraducibles en la Oda 6 lib. 4 como si no pudiera decir con la misma angustia

Sobrios, si el Sol asoma,  
Beodos, yermo el cielo  
Decimos sin cesar con tierno anhelo.

O dejar versos y estrofas enteras, como sucede en la Oda á Asinio Polion 1 l. 2 y en otras, perifraceando (*sic*) ó dando otro sentido al autor, haciendo lo mismo, y con más esclavitud (que se llama mejor traducción) que Cienfuegos, Luis Martín Villegas y todos los traductores españoles, franceses, italianos, ingleses, sin exceptuar (*sic*) al mismo Pope. No sé si podrá decirse de toda traducción en verso de los clásicos, lo que Bentley, cuando le recordó Pope acudiese á recoger sus ejemplares de la traducción de Homero. Sí; los Libros, es un bonito Poema, pero no es Homero, Mr. Pope.

Mi gusto no se conforma con esta opinión; pero conozco la dificultad invencible de la ridícula pretensión de querer hacer hablar á los clásicos un lenguaje moderno. Conozco también, que sin traducciones en prosa, ó verso, con breves comentarios de crítica y buen gusto, la mayor parte de los jóvenes abandonarían este penoso estudio sin este auxilio y carecería de un tesoro para la poesía. Todas las naciones cultas las tienen multiplicadas de los mejores clásicos. N. D. T.<sup>37</sup>

Una última reflexión atañe a la capacidad de las lenguas —en este caso de la lengua de llegada— para respetar el estilo y reproducir con fidelidad el original. Apunta que

<sup>37</sup> En *Poesías de Graciliano Afonso*, t. III, pp. 185-187. Es sabido, aunque no está de más recordarlo, el razonamiento al respecto de Fray Luis de León: « (...) De lo que yo compuse juzgará cada uno a su voluntad: de lo que es traducido el que quisiere ser juez pruebe primero qué cosa es traducir poesías elegantes de una lengua extraña en la suya sin añadir ni quitar sentencia, y guardar cuanto es posible las figuras de su original y donaire, y hacer que hablen en castellano, y no como extranjeras y advenedizas, sino como nacidas en él.» El texto en J. C. Santoyo, *op. cit.*, p. 67. Una opinión que coincide en parte con lo que formula nuestro doctoral —también con alusión, distinta ahora, a la traducción de Pope— se debe a J. Delille, ya mencionado anteriormente, quien decía sobre su proceder: «He preferido traducir en verso, ya que la traducción de verso en prosa es siempre infiel. Hay algunos que mantienen que incluso la mejor traducción en verso desfigura el original y diluye su belleza. Yo me voy a referir exclusivamente a la traducción que hizo el célebre M. Pope de Homero, la cual nos permite llegar al conocimiento de Virgilio mejor que la mejor de las traducciones en prosa. Por lo menos en este caso estamos ante un poeta que traduce a un poeta». El texto en M. A. Vega, *op. cit.*, p. 192.

la culpa ya no es de la lengua en sí sino del propio traductor. Eso es lo que se refleja en la anotación al v. 167 de la Parte II de su traducción de Pope:

Pope quiso también darnos una muestra de la armonía imitativa á pesar de la construcción de su idioma; y diga lo que quiera el Dr. Johnson, en la vida de este autor, se oye susurrar el céfiro, retumbar el mar, se ve á Ajax cargado, y á Camila volando en la pradera. Si la traducción no ha correspondido al original, es defecto del traductor, pero no de la lengua, que es de las más bellas para este género de imitaciones en que tanto abunda la griega y la latina (...).<sup>38</sup>

IV. En resumidas cuentas, puede verse que son variados los aspectos tratados por el doctoral canario en estas referencias a la traducción que se encuentran en su obra: empobrecimiento de las lenguas; posibilidad de traducción literal de sintagmas pequeños; dificultad de la traducción, al no ser ésta copia exacta del original, en las fases de comprensión y expresión; pretensión de aproximación al original; conocimiento de las «bellas infieles» y del uso de determinados versos para realizar el trasvase de una lengua a otra; intención de adecuarse al «espíritu y gracia» del original; papel de la traducción como acceso a otra cultura y enriquecimiento posterior; dificultad de la traducción en verso y posibilidad de mayor fidelidad de la traducción en prosa.

Evidentemente, se percibe de inmediato que Afonso está en un terreno que no le es desconocido, y en el fondo sus argumentos no hacen sino participar del eterno dilema que se ha planteado en el estudio de la traducción y que ronda inevitablemente el binomio literalidad/literariedad. No se puede decir que opte siempre por un mismo modelo. Nuestro humanista conoce el problema que existe en este sentido, especialmente de adecuación formal entre la lengua de salida y la de llegada, y por ello no es sino elogiabile esa osadía suya de usar, a sabiendas de las dificultades múltiples que ello acarrea, el verso en la idea de «una mayor exactitud y aproximación al original» de la que hablaba, por ejemplo, en la traducción del lírico de Teos.

Tampoco hay que olvidar que Afonso pertenece a una momento cultural determinado, y pienso que las páginas anteriores lo demuestran. Las consideraciones que hace se corresponden con las expresadas por coetáneos suyos (sean éstos traductores o no de clásicos) y allí se repite toda una serie de fórmulas que ya es lugar común en el terreno de la traducción.<sup>39</sup> A este respecto habría que destacar, asimismo, su conocimiento de

<sup>38</sup> En *Poesías de Graciliano Afonso*, t. III, p. 220.

<sup>39</sup> Sirvan de ejemplo las que realiza C. Ramírez Gómez («De juicios y advertencias de traductores españoles de letras francesas del siglo XVIII. Feijoo, Lista, Marchena, Maury, Moratín», en F. Lafarga (ed.), *La traducción en España...*, cit., p. 64) para traducciones del francés: «Si las aproximaciones aconsejan guardar distancias, las salvedades no obstan para señalar que si bien las aportaciones de estos autores en materia de traducción no plantean perspectivas novedosas, sirven para subrayar ideas tradicionalmente alegadas para definirla. Ciertamente no hacen sino, por un lado, perpetuar el secular pensamiento basado en las dicotomías convencionales cuales son libertad/literalidad; sentido /forma; ciencia/arte y fidelidad/traición; por otro lado,

las traducciones y de los traductores de su época que, en el ideal ilustrado de superación y racionalidad, son siempre modelo de imitación u objeto de crítica por parte de nuestro doctoral, algo que introduce más a este humanista canario en su *tempus* histórico, alejándolo a pesar de su conocimiento de los clásicos —aunque siempre sea latente la presencia de los mismos— de esas autoridades del pasado de las que no realiza ninguna referencia: sólo el omnipresente Horacio aparece, como modelo a seguir, en una cita de la *Ars poetica* (v. 133)<sup>40</sup> en la portada de su traducción de la *Eneida* de Virgilio, acompañado el texto latino de la versión de Burgos. Se han significado varias modalidades de traducción en el siglo XVIII y la primera mitad del XIX,<sup>41</sup> prestando atención a la diversidad de intenciones y las distintas manipulaciones. Nuestro autor por encima de todo demuestra un interés por creer en la traducción como medio para el acercamiento y conocimiento de los clásicos y sobre esta idea, creo, que todas las observaciones de éste deben ser entendidas.

elegir la traducción libre, —siguiendo la corriente instaurada por la tradición renacentista de las llamadas *belles infidèles*— que ha de privilegiar la otra lengua y sus peculiaridades —en este caso el español— al verter las formas del autor, incluso en detrimento del sentido; por otra parte, instituir la traducción en inagotable caudal para enaltecer la lengua castellana —conforme a la secular lucha emprendida contra el *intruso*— y servir de modelo pedagógico siguiendo las preceptivas de las artes de hablar; y en última instancia, legitimar la traducción como vía de difusión de sensibilidades, ideas y pensamientos —en este caso— franceses, adaptada en todo caso a los gustos, usos y costumbres españoles».

<sup>40</sup> Ya hoy se sabe que esta cita de Horacio no hace referencia a los traductores sino que es un consejo, en el marco contextual donde se inserta, para los poetas. San Jerónimo cometió un error al interpretar estas palabras del vate de Venusia, y muchos otros después siguieron a pie juntillas la autoridad de Jerónimo y continuaron mal interpretando el sentido de estos versos, desde el famoso humanista Coluccio Salutati. Cf. para más detalles sobre ello, V. García Yebra, «Un curioso error en la historia de la traducción», en *Traducción: historia y teoría*, Gredos, Madrid, 1994, pp. 48-64.

<sup>41</sup> Así F. Lafarga, «Hacia una historia...», cit., p. 15 comenta: «A partir de los prólogos o advertencias de los traductores (...), o incluso de lo indicado en la portada de un centenar de traducciones del siglo XVIII, I. Urzainqui ha propuesto una tipología de traducciones que lleva hasta 12 las modalidades de las mismas. El criterio no es el modo en que está realizada la traducción, sino las opciones concretas que eligen los traductores, la finalidad que persigue con su trabajo, el horizonte que se han fijado. Y, así, la autora contempla la restitución, la abreviación, la corrección, la nacionalización, la actualización, la recreación, la continuación, la traducción sin más, etc. No voy a entrar en el comentario y ejemplificación de los casos contemplados, algunos de los cuales podrían —a mi entender— subsumirse en otros. Lo interesante es notar la diversidad de intenciones de los traductores dieciochescos y las variadas manipulaciones a la que podía someterse —y se sometía— un texto extranjero».